

prisionero, dijo al Fiscal de su causa que «un Archiduque de Austria solamente puede ser puesto á bordo de un buque de su nación;» por eso al llamar á sus defensores, llamó también á los Ministros extranjeros, creyendo que harían respetar en nombre de Europa entera, el privilegio de inmunidad de un Archiduque de Austria. ¡Ilusiones del Archiduque! pero ilusiones que lo llevaron á entregar la plaza sin estipulación alguna á su favor.

VIII. EL CÓMPLICE DE LA TRAICIÓN.

LA ELECCIÓN DEL CÓMPLICE.

No podía Maximiliano efectuar personalmente la entrega de la Cruz, y con ella la traición á sus generales. Tenía forzosamente que recurrir á un cómplice que fuera el ejecutor de su felonía. Y ese cómplice no era tan fácil de encontrar entre los valientes oficiales que defendían la ciudad sitiada. Desde luego tenía que ser uno de los jefes con mando sobre la línea fortificada; tenía que ser uno de los hombres capaces de faltar á los mandatos del honor; y tenía que ser uno de los beneficiados indebidamente por el favor imperial, es decir, uno de aquellos á quienes el Archiduque podía reclamar, en nombre de la gratitud, una obediencia incondicional. López llenaba todas esas condiciones, y fué, por lo mismo, el cómplice elegido para ejecutar la traición de Maximiliano.

En efecto, no sólo era López el jefe de un punto de la línea de defensa, sino que ese punto, la Cruz, era á la vez la llave de la posición y la residencia del Cuartel-imperial, es decir, el punto cuya entrega sería más decisiva, y el punto donde no podría ejercerse la vigilancia de los otros generales, puesto que se hallaba bajo la vigilancia

inmediata del mismo Maximiliano, Comandante en Jefe de toda la guarnición.

Además, López era un hombre de pésimos antecedentes, y á quién, en consecuencia, se podía proponer que ejecutase un hecho contrario al honor. Esos pésimos antecedentes de López eran bien conocidos de Maximiliano. En un libro-registro, encontrado en la Secretaría particular del Archiduque, se halla esta anotación: «López Miguel, coronel del regimiento de la Emperatriz, sirvió en las contraguerrillas organizadas en 1847 por los americanos: después de haber sido protegido por Santa-Ana, quien lo puso fuera de la ley por *traidor* á su país; tiene mucho valor, pero *se ataca su probidad.*» (1) Esos pésimos antecedentes de López le fueron recordados á Maximiliano en los últimos días del sitio, por sus mismos generales, quienes fundándose precisamente en ellos, pidieron á su Emperador que no manchase el generalato, concediendo á López tan alta dignidad militar. Y esos pésimos antecedentes de López fueron precisamente los que lo designaron para ser el ejecutor de la traición proyectada ya por Maximiliano.

Todavía más: López, á pesar de sus detestables antecedentes, había sido particularmente favorecido por Maximiliano, al grado de que, no sólo lo había ascendido y dándole el mando, primero, de uno de los mejores cuerpos de caballería y después, de la Brigada de Reserva y del mismo Cuartel-Imperial, sino que había apadrinado á uno de sus hijos en las pilas bautismales, y le había hecho á título de compadre, obsequios de valía. Todo esto, sin que López lo hubiera merecido por grandes servicios á la causa imperial. Debía, en consecuencia, hallarse profunda-

(1) Copio esta anotación de un folleto en que fué reproducido el citado «registro» y que se haya encabezado por la siguiente autorización:

«Secretaría de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores.—El infrascrito Oficial Mayor de los Ministerios de Relaciones Exteriores y Gobernación, certifica: que lo que sigue está tomado de un libro que dejó Don Fernando Maximiliano de Hapsburgo, en las piezas del Palacio Nacional, en que estaba su Secretaría particular: que la parte en español de dicho libro está fielmente copiada, y la parte en francés correctamente traducida.—Méjico, diciembre 24 de 1867.—Manuel Azpíroz.»

mente agradecido hácia la persona de Maximiliano y dispuesto, por gratitud, á servirle *incondicionalmente.*

Concurrían, por tanto, en López, todos los requisitos exigidos para que Maximiliano hiciese de él su cómplice, y la abierta oposición de los Divisionarios á que fuese elevado á General de Brigada, debía borrar todo escrúpulo en el corazón de López é impulsarle á vengarse de aquella atrevida obediencia á su protector y soberano y ejecutando la traidora entrega de la Cruz!

EXTRAÑA FIDELIDAD.

Hay muchas personas que encuentran una imposibilidad moral en la extraordinaria fidelidad con que López guardara por tantos años el secreto de la entrega de la Cruz, soportando con resignación el dictado infamante de traidor á su Soberano y benefactor. ¿Cómo ha de ser creíble—dicen esas personas—que un traidor á la Patria no haya traicionado también el secreto confiado á su lealtad por el Archiduque Maximiliano?

A primera vista, el argumento parece muy fuerte; examinándolo con atención resulta deleznable. No hay tal imposibilidad moral. Quien traiciona á la patria intencionalmente, no por error ó engaño, carece por completo del sentimiento del honor; pero quien obedece incondicionalmente á un hombre, quien guarda por gratitud un secreto perjudicial á su propia reputación para salvar la reputación de su protector; ese hombre obra por un sentimiento de adhesión personal inspirado, no en el deber ni en el honor, sino en el amor ó en la gratitud. No hay, por tanto, imposibilidad moral, en que un hombre capaz de faltar á los preceptos del honor, llegue hasta el sacrificio por amor ó por gratitud. Hay muchos *bandidos* que roban y asesinan, y que, se creerían *deshonrados*, si delataran á uno de sus compañeros ó si violasen un secreto que se hubieran comprometido á guardar. Y esto depende de

que los espíritus poco cultivados tienen una falsa noción del honor. Esos bandidos de que acabo de hablar, confunden el honor con el valor, y por eso se creen deshonrados si cometen la cobardía—que para ellos lo es—de delatar ó de faltar á la guarda de un secreto.

La Patria, persona moral, entidad abstracta, incorpórea é intangible, no despierta sino en los grandes corazones y en los espíritus elevados, ese amor abnegado que lleva hasta el sacrificio. ¡Por eso son tan escasos los grandes patriotas! Para que los espíritus vulgares amen á la Patria, se necesita que se la representen simbolizada en un emblema ó personificada en un hombre.

Anteriormente el rey personificaba la Patria y todavía ahora la Patria se halla simbolizada en la bandera. Hablad á esos hombres del peligro de la Patria y permanecerán impasibles. Mostradles la bandera próxima á caer en manos del contrario ó al monarca cercado por gentes enemigas, y les veréis morir ó triunfar heroicamente por su bandera ó por su rey.

Tienen los gobiernos personales el defecto gravísimo de substituir el amor á la Patria con la adhesión al gobernante. Así ha explicado justamente M. Taxile Delord los terribles desastres militares de la guerra Franco-Prusiana.

«Todos los esfuerzos—dice juzgando al gobierno imperial—tendían á aislar al ejército, de la Nación. Si mejorando su bienestar material y haciendo menos duras las exigencias del servicio, el Imperio había ganado, no la adhesión desinteresada, sino el apego egoísta de la masa de oficiales sin ambición y sin porvenir, es decir, sin instrucción y sin deseo de adquirirla, no fué sino á expensas de ese sentimiento del deber y de ese espíritu de nacionalidad que son la fuerza necesaria de los ejércitos. *¿De qué se hablaba sin cesar á los soldados?* DE ADHESIÓN AL EMPERADOR, JAMÁS DE ADHESIÓN Á LA PATRIA.—Muerto ó

prisionero el Emperador ya no quedaba nada. Y así fué como 80,000 hombres se rindieron en Sedán!» (1)

El Mariscal Bazaine, traidor á Francia por fidelidad á Napoleón, creyó encontrar una excusa diciendo, ante el Consejo de Guerra que lo juzgaba, que cuando él se rindió ya no había Gobierno.—«Pero había Francia,» se apresuró á decir, interrumpiéndole, el Duque de Aumale.

La pretendida excusa del Mariscal Bazaine demuestra claramente que para los favorecidos por el régimen personal, no hay Patria, no hay más que gobernantes: llámense Dictadores ó Césares!

No es, en consecuencia, extraño que Miguel López no se creyera obligado hácia la Patria por el deber, y sí se creyera obligado hácia Maximiliano por la gratitud. No es, en consecuencia, extraño que, infiel para con la Patria, guardase grande fidelidad á Maximiliano, su protector.

El caso de López, excepcional por las particularidades que lo rodean, deja de serlo si se atiende tan solo al fenómeno de presentar aparejadas la deslealtad á la Patria y la lealtad á Maximiliano. Así lo demuestran los impenitentes intervencionistas mejicanos, que llevan aún en su corazón el recuerdo y el amor de su infidencia.

Por eso Don Rosendo Pineda, en su reciente discurso del 18 de Julio, después de cincelar brillantemente la granítica figura de Juárez, exclamó en apóstrofe enérgico y patriótico: «Y todavía al pronunciarse el nombre de Maximiliano, hay quienes le agreguen con pena el epíteto de *infortunado!* Como si con mayor fortuna, hubieran sido mejores sus títulos á la usurpación de Méjico. *Esta impenitencia política sí que es imperdonable;* pero con ella no lograrán sus autores hallar una disculpa á la traición, oponiéndole *la virtud de perpetua lealtad á un príncipe ex-*

(1) Obra citada, tom. VI, pág. 606.

tranjero: lealtad que no pudieron sentir ni sostener por la Patria.» (1)

Hay quien pretenda presentar á López como un tipo de nobleza por la fidelidad con que guardó por luengos años el secreto de la traición de Maximiliano. Nó. Por grande, por firme, por abnegada que haya sido su fidelidad á un príncipe extranjero, ésta no disculpará en lo más mínimo en infame traición á sus compañeros de armas, ni su doble, y más infame aún, traición á la Patria!

(1) Aprovecho esta oportunidad para dar las gracias al Sr. Pineda por el elogio que hizo de mi padre, en el discurso á que me he referido; pues aun cuando el recuerdo de mi Padre se impone en la ceremonia del 15 de Julio, es la primera vez que uno de los oradores se atreve á mencionarlo.

IX. LA VICTORIA DEL 15 DE MAYO.

Aunque para el objeto esencial de estas «Rectificaciones,» es decir, para demostrar la traición á sus generales del titulado Emperador de Méjico, sea bastante el estudio que hice ya de «la cuestión militar,» como el odio y la envidia hácia el glorioso vencedor del Imperio se han empeñado en negar toda gloria al hecho de armas que puso en manos de la República victoriosa al monarca intruso y usurpador, á sus principales seides y á todo el ejército en Querétaro sitiado; como el odio y la envidia, repito, han tratado de desfigurar la significación real de aquella victoria, tócame volver sobre la cuestión militar y desvanecer la falsa especie que da á la toma de Querétaro el impropio dictado de «ocupación» y que se niega á considerar el 15 de Mayo de 1867, como *el último día* del llamado Imperio.

LA SORPRESA DE LA CRUZ.

«Es muy raro, por lo demás—dice el General Thou-